

EL COSTO DEL  
**DISCIPULADO**

*La dicotomía entre gracia barata y gracia sublime*

DIETRICH  
**BONHOEFFER**



**PENIEL**

BUENOS AIRES - MIAMI - SAN JOSÉ - SANTIAGO

[www.peniell.com](http://www.peniell.com)



El costo del discipulado  
*Dietrich Bonhoeffer*

1a edición

**Editorial Peniel**

Boedo 25  
Buenos Aires, C1206AAA, Argentina  
Tel. 54-11 4981-6178 / 6034  
e-mail: [info@peniel.com](mailto:info@peniel.com)  
[www.peniell.com](http://www.peniell.com)

ISBN 978-987-557-603-2

Las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, versión Reina-Valera, revisión 1960, a menos que se indique lo contrario. © Sociedades Bíblicas Unidas.

Diseño de portada e interior: Arte Peniel • [arte@peniel.com](mailto:arte@peniel.com)

Impreso en los talleres gráficos Del Reino Impresores S.R.L.  
Cerrito 1169, Bernal Oeste, Buenos Aires, Argentina  
Enero de 2017  
Tirada: 3.000 ejemplares

**Bonhoeffer, Dietrich**

El costo del discipulado / Dietrich Bonhoeffer. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Peniel, 2017.

352 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-557-603-2

Traducción de: Ester Revuelta.

1. Vida Cristiana. I. Revuelta, Ester, trad. II. Título.

CDD 248.4

©2017 Editorial Peniel

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial, la distribución o la transformación de este libro, en ninguna forma o medio, ni el ejercicio de otras facultades reservadas sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes vigentes.

# CONTENIDO

## I. GRACIA Y DISCIPULADO

1. Gracia de alto costo . . . . .	43
2. El llamado al discipulado . . . . .	61
3. Obediencia determinada . . . . .	87
4. El discipulado y la cruz . . . . .	95
5. Discipulado y el individuo . . . . .	105

## II. EL SERMÓN DEL MONTE

6. Las bienaventuranzas . . . . .	117
7. La comunidad visible . . . . .	129
8. La justicia de Cristo . . . . .	135
9. El hermano . . . . .	143
10. Mujer . . . . .	149
11. Veracidad . . . . .	153
12. Venganza . . . . .	159
13. El enemigo, el “Extraordinario” . . . . .	165
14. La rectitud secreta . . . . .	175
15. Lo secreto en la oración . . . . .	183
16. Lo secreto en la vida de devoción . . . . .	191
17. La simplicidad de la vida sin preocupaciones . . . . .	195
18. Discípulos e incrédulos . . . . .	205
19. La gran división . . . . .	213
20. La conclusión . . . . .	221

### III. LOS MENSAJEROS

21. La cosecha . . . . .	227
22. Los apóstoles . . . . .	231
23. La obra . . . . .	233
24. El sufrimiento de los mensajeros . . . . .	241
25. La decisión . . . . .	247
26. El fruto . . . . .	251

### IV: LA IGLESIA DE JESUCRISTO Y LA VIDA DE DISCIPULADO

27. Preguntas preliminares . . . . .	255
28. El bautismo . . . . .	261
29. El Cuerpo de Cristo . . . . .	269
30. La comunidad visible . . . . .	283
31. Los santos . . . . .	311
32. La imagen de Cristo . . . . .	341

## PRÓLOGO

“Cuando Cristo llama a un hombre —dice Dietrich Bonhoeffer— le extiende una invitación: ven y muere”. Hay diferentes tipos de muerte: es verdad; pero estas palabras encierran la esencia del discipulado. Y este maravilloso libro es un comentario sobre lo que cuesta. Dietrich mismo fue mártir en muchas oportunidades antes de morir. Fue uno de los primeros así como uno de los más valientes testigos contra la idolatría. Comprendió lo que elegía, al elegir la resistencia. Lo conocí en Londres en los primeros tiempos del malvado régimen, y fue de él, más que de ningún otro alemán, de quien aprendí el verdadero carácter del conflicto, a través de una amistad muy cercana. No tengo ninguna duda de que hizo una magnífica tarea con su congregación alemana; pero enseñó a muchos otros, además de sus conciudadanos, mientras fue pastor en Inglaterra. Fue transparente en sus convicciones, y tan joven como era y de pensamiento humilde, vio la verdad y la dijo con total ausencia de temor. En Estocolmo, cuando apareció inesperadamente para verme en 1942, como emisario de la oposición, era exactamente el mismo, completamente cándido, totalmente despreocupado por su seguridad personal, a la vez que profundamente conmovido por la tristeza que sentía por el país al que amaba. A todas partes a donde iba, con quienquiera que estuviera: estudiantes, personas de su misma edad o sus mayores, era

## EL COSTO DEL DISCIPULADO

intrépido, desapegado de sí mismo, dedicado a sus amigos, a su hogar, a su país, tal como Dios tuvo la intención de que fuera, con su Iglesia, con su Maestro. Estoy muy feliz de que el texto completo de *El costo del discipulado* aparezca en esta última edición. El libro mostrará a los hombres de qué fuego estaba poseído este joven clérigo alemán. Asimismo, mostrará a qué costo se logra el discipulado, en todas las naciones.

—**G. K. A. Bell**  
*Enero de 1958*

## INTRODUCCIÓN

El avivamiento de la vida de la Iglesia siempre lleva consigo una más rica comprensión de *Las Escrituras*. Detrás de todos los lemas y clichés de controversia eclesial, con todo lo necesarias que son, aparece una búsqueda mucho más determinada para aquel cuyo único objetivo entre todos es Jesucristo mismo. ¿Qué quiso decirnos Jesús? ¿Cuál es su voluntad para nosotros en la actualidad? ¿Cómo puede ayudarnos a ser buenos cristianos en el mundo moderno? En última instancia, lo que deseamos saber no es qué daremos de nosotros a este o aquel hombre o a esta o aquella iglesia, sino lo que Jesucristo mismo desea de nosotros. Cuando vamos a la iglesia y presenciamos la exposición del sermón, lo que queremos escuchar es su Palabra y eso no por meras razones egoístas, sino por el bien de los muchos para quienes la Iglesia y su mensaje son desconocidos. Sentimos, extrañamente, que si Jesús mismo, Jesús tan solo con su Palabra, pudiera venir en medio de nosotros para dar el sermón, encontraríamos un grupo bastante diferente de hombres dedicados a escuchar la Palabra y a un grupo bastante diferente que la rechazaría. Esto no es para negar que la Palabra de Dios deba escucharse en la predicación que existe hoy en nuestra Iglesia. El verdadero problema es que la pura Palabra de Jesús ha sido tan mezclada con tanto peso humano, normas pesadas y regulaciones, falsas esperanzas y consolaciones,

que se ha vuelto algo extremadamente difícil tomar una genuina decisión por Cristo. Por supuesto que nuestro objetivo es predicar a Cristo y solamente a Él, pero cuando todo está dicho y hecho, no es culpa de nuestros críticos que encuentren nuestra predicación tan difícil de comprender, tan sobrecargada de ideas y expresiones que están irremediablemente fuera de contacto con el clima mental en el que vivimos. Sencillamente, no es verdad que cada una de las palabras de crítica dirigidas contra la predicación contemporánea sea un rechazo deliberado de Cristo y que procedan del espíritu del Anticristo. Tantas personas vienen a la iglesia con un genuino deseo de escuchar lo que tenemos para decir, pero siempre se van de regreso a su hogar con la incómoda sensación sentir de que hacemos demasiado difícil para ellos la posibilidad de llegar a Jesús. ¿Estamos decididos a no tener nada que ver con todas estas personas? Ellas están convencidas de que no es la Palabra de Jesús en sí misma la que las deja de lado, sino la superestructura humana, institucional y los elementos doctrinales de nuestra predicación. Por supuesto, sabemos todas las respuestas a estas objeciones, y estas ciertamente nos permiten escapar de nuestras responsabilidades. Pero, tal vez, estaría bien preguntarnos si nosotros, en realidad, con frecuencia, no actuamos como obstáculos hacia Jesús y su Palabra. ¿No será que nos apegamos demasiado a nuestra propia presentación favorita del evangelio y al tipo de predicación que estaba muy bien en su tiempo y lugar apropiado y para el ambiente social para el cual iba dirigida originalmente? ¿No existe, después de todo, un elemento de verdad en la opinión de que nuestra predicación es demasiado dogmática y totalmente irrelevante para la vida? ¿No estamos constantemente machacando en ciertas ideas a expensas de otras que son igualmente importantes? ¿No contiene nuestra predicación demasiadas de nuestras propias opiniones y convicciones y demasiado

poco de Jesucristo? Jesús invita a todos los que están trabajados y cargados, y nada podría ser tan contrario a nuestras mejores intenciones y tan fatal para nuestra proclamación, como alejar a los hombres de Él forzando en ellos dogmas hechos por hombres. Si hiciéramos eso, transformaríamos el amor de Jesucristo en un motivo de risa para cristianos y paganos por igual. No tiene sentido refugiarnos en discusiones abstractas o intentar dar excusas; por lo tanto, volvamos a *Las Escrituras*, a la Palabra y el llamado de Jesucristo. Intentemos alejarnos de la pobreza y pequeñez de nuestras propias convicciones y problemas, y busquemos la riqueza y el esplendor que nos han sido otorgados en Jesucristo.

Nos proponemos contar cómo Jesús nos llama a ser sus discípulos. Pero ¿no es acaso poner otra carga aún más pesada sobre los hombros de los hombres? ¿Es esto todo lo que podemos hacer cuando las almas y los cuerpos de los hombres están gimiendo debajo del peso de tantos dogmas hechos por hombres? Si les hacemos recordar a los hombres que deben seguir a Jesús, ¿deberíamos llevar un estímulo aún más áspero a sus conciencias ya de por sí atribuladas y heridas? ¿Seguiremos la práctica que ha sido tan común en la historia de la Iglesia de imponer a los hombres demandas demasiado pesadas para soportar, que tienen poco que ver con el corazón de la fe cristiana, demandas que pueden ser un lujo de piedad para unos pocos, pero que con las masas esforzadas, con sus ansiedades por el pan diario, sus trabajos y familias solamente pueden rechazar como extrema blasfemia y una tentación de parte de Dios? ¿Debe la Iglesia preocuparse por levantar una tiranía espiritual sobre los hombres, dictándoles qué deben creer y hacer a fin de ser salvos y suponer que podemos por la fuerza lograr que tengan esa fe y conducta con las sanciones de castigo tanto temporal como eterno? ¿Debería la palabra de la Iglesia traer una nueva tiranía y opresión sobre las almas de los

hombres? Bien puede ser lo que muchas personas desean. Pero ¿podría la Iglesia consentir en hacer una demanda así?

Cuando *La Biblia* habla de seguir a Jesús, proclama un discipulado que liberará a la humanidad de todos los dogmas hechos por hombres, de toda carga y opresión, de toda ansiedad y tortura que aflige la conciencia. Al seguir a Jesús, los hombres escapan del pesado yugo de sus propias leyes y se someten al benigno yugo de Jesucristo. Pero ¿significa esto ignorar la seriedad de sus mandatos? Lejos de ello. Solamente podemos lograr perfecta libertad y disfrutar del compañerismo con Jesús cuando su mandato, su llamado al absoluto discipulado, puede ser apreciado en su totalidad. Solamente el hombre que sigue el mandato de Jesús decididamente y sin resistencias de ninguna especie permite que su yugo se apoye sobre él, encuentra su carga fácil y bajo su suave presión recibe el poder para perseverar en el camino correcto. El mandato de Jesús es difícil, indescriptiblemente difícil, para aquellos que tratan de resistirlo. Pero para aquellos que voluntariamente se someten, el yugo es fácil y su carga liviana. “*Y sus mandamientos no son gravosos*” (1 Juan 5:3). El mandamiento de Jesús no es una especie de tratamiento de shock espiritual. Jesús no pide nada de nosotros sin darnos la fortaleza para realizarlo. Su mandamiento nunca busca destruir la vida, sino promoverla, fortalecerla y sanarla.

Pero todavía nos preocupa una pregunta. ¿Qué puede significar el llamado al discipulado en la actualidad para el obrero, el hombre de negocios, el hacendado y el soldado? ¿No lleva a una intolerable dicotomía entre nuestras vidas como trabajadores en el mundo y nuestras vidas como cristianos? Si cristianismo significa seguir a Cristo, ¿no es una religión para una pequeña minoría, una elite espiritual? ¿No significa el repudio de la gran masa de la sociedad y una abundante preocupación por los débiles y pobres?

Y sin embargo, una actitud así es exactamente lo opuesto de la misericordia llena de gracia de Jesucristo, que vino a los publicanos y pecadores, al débil y al pobre, a los errantes y faltos de esperanza. ¿Los que pertenecen a Jesús son solamente unos pocos o son muchos? Él murió en la cruz solo, abandonado por sus discípulos. Con él no estaban crucificados dos de sus seguidores, sino dos asesinos. Pero todos estuvieron bajo la cruz, enemigos y creyentes, dudosos y cobardes, ofensores y seguidores devotos. Su oración en ese momento y su perdón estaban dirigidos a todos ellos y por todos sus pecados. La misericordia y el amor de Dios operaban aun en medio de sus enemigos. Es el mismo Jesucristo, quien de su gracia nos llama a seguirlo y cuya gracia salva al asesino que se burla de Él en la cruz en sus últimos momentos.

Y si nosotros respondemos el llamado al discipulado, ¿a dónde nos llevará? ¿Qué decisiones y qué separación nos demandará? Para responder esta pregunta tendremos que ir a Él, porque únicamente Él sabe la respuesta. Solamente Jesucristo, que nos invita a seguirlo, conoce el final de nuestro recorrido. Pero nosotros lo que sí sabemos es que habrá un camino de ilimitada misericordia. El discipulado significa gozo.

En el mundo moderno, parece tan difícil caminar con certeza absoluta en el estrecho camino de la decisión eclesiástica y aun así permanecer en los anchos espacios abiertos del amor universal de Cristo, de la paciencia, misericordia y “filantropía” de Dios (Tito 3:4) para con los débiles e incrédulos. Sin embargo, de una manera u otra, debemos combinar todo esto o, de otro modo, seguiremos los senderos de los hombres. Quiera Dios otorgarnos gozo mientras luchamos con toda firmeza para seguir el camino del discipulado. Que podamos tener la capacidad de decir “no” al pecado y “sí” al pecador. Que podamos resistir a nuestros enemigos y, aun así, llevarles la Palabra del evangelio, que atrae y gana

## EL COSTO DEL DISCIPULADO

las almas de los hombres. *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”* (Mateo 11:28-30).

I. GRACIA Y  
DISCIPULADO

## Gracia de alto costo

La gracia barata es el enemigo mortal de nuestra Iglesia. En la actualidad batallamos por la gracia costosa.

La gracia barata significa gracia que se vende en el mercado como baratijas. Los sacramentos, el perdón del pecado y las consolaciones de la religión son entregados a precios de rebaja. La gracia se representa como el tesoro inacabable de la Iglesia, desde donde ella derrama bendiciones con manos generosas, sin hacer preguntas ni poner límites. Gracia sin precio, ¡gracia sin costo! La esencia de la gracia, suponemos, significa que la cuenta ha sido pagada por adelantado; y como ya ha sido pagada, todo se puede tener por nada. Dado que el costo fue infinito, las posibilidades de usarla y gastarla son infinitas. ¿Qué otra cosa puede ser la gracia si no es barata?

La gracia barata es gracia como una doctrina, un principio y un sistema. Significa perdón de pecados proclamado como una verdad general; el amor de Dios que se enseña como la “idea” cristiana de Dios. Se sostiene que con una aceptación intelectual de esa idea es suficiente para asegurar la remisión de los pecados.

La Iglesia que respalda la doctrina correcta de la gracia tiene, se supone, una parte *ipso facto* en esa gracia. En una Iglesia así, el mundo encuentra una cobertura barata para sus pecados; no se requiere sentir pesar, mucho menos algún deseo real de ser libre del pecado. La gracia barata, por lo tanto, equivale a una negación de la Palabra viviente de Dios; en realidad, a una negación de la Encarnación de la Palabra de Dios.

Gracia barata significa la justificación del pecado sin la justificación del pecador. Dicen que la gracia sola lo hace todo y, por lo tanto, todo puede seguir igual que antes. “Todo, porque el pecado no podría hacer expiación”. El mundo continúa con sus mismas viejas sendas y continuamos pecadores “aún en la mejor de las vidas”, como dijo Lutero. Bien, entonces, dejemos que el cristiano viva como el resto del mundo, que se modele con los estándares del mundo en todas las esferas de su vida y que no tenga la osadía de aspirar a vivir una vida diferente bajo la gracia, comparada con la vida que vivía antes bajo el pecado. Esa fue la herejía de los fanáticos, los anabaptistas y otros grupos semejantes. Dejemos que el cristiano se cuide de no rebelarse contra la libre e ilimitada gracia de Dios y no la respete. ¡Y que no trate de erigir una nueva religión al pie de la letra, si se dedica a vivir una vida de obediencia a los mandamientos de Jesucristo! El mundo fue justificado por gracia. El cristiano sabe eso y lo toma con seriedad. Sabe que no debe oponerse a esta gracia indispensable. Luego, ¡dejémoslo vivir igual que el resto del mundo! Por supuesto, sentirá deseos de ir y hacer algo extraordinario y realmente le demandará mucho autocontrol para abstenerse de intentarlo y contentarse con vivir como vive el mundo. Sin embargo, es imperioso que el cristiano logre el renunciamiento, que practique la autonegación, para distinguir su vida de la vida del mundo. Debe dejar que la gracia sea gracia

de verdad; de otra manera, destruirá la fe del mundo en el don gratuito de la gracia.

Permita que el cristiano descance contento con su mundanidad y con este renunciamiento a cualquier estándar más alto que los del mundo. Lo hará en nombre del mundo más bien que por el de la gracia. Déjelo que se consuele y descance seguro en la posesión de esta gracia, porque la gracia sola lo hace todo. En lugar de seguir a Cristo, ¡deje que el cristiano disfrute de las consolaciones de su gracia! Esto es lo que queremos decir con gracia barata, la gracia que alcanza a la justificación del pecado sin la justificación del pecador arrepentido que se aleja del pecado y de quien el pecado se aparta. La gracia barata no es el tipo de perdón de pecado que nos libera de las redes del pecado. La gracia barata es la gracia que nos concedemos a nosotros mismos.

La gracia barata es la predicación del perdón que no requiere arrepentimiento, bautismo sin la disciplina de la Iglesia, comunión sin confesión, absolución sin confesión personal. Gracia barata es la gracia sin el discipulado, gracia sin la cruz, gracia sin Jesucristo, viviente y encarnado.

La gracia de alto costo es el tesoro escondido en el campo, por el que un hombre alegremente irá y venderá todo lo que tiene. Es la perla de gran precio que para comprar el mercader venderá todos sus bienes. Es la ley real de Cristo, por la cual un hombre se quitará el ojo que lo hace caer; es el llamado de Jesucristo ante el cual el discípulo deja sus redes y lo sigue.

La gracia de alto costo es el evangelio que debe ser *buscado* una y otra vez; el don que debe *pedirse*; la puerta que un hombre debe *golpear*.

Una gracia así es *costosa* porque nos llama a seguir y es *gracia* porque nos llama a seguir a *Jesucristo*. Costosa porque le cuesta a un hombre su vida, y es gracia porque le da a un hombre la única

vida verdadera. Es costosa porque condena el pecado, y gracia porque justifica al pecador. Por sobre todo, es *costosa* porque le costó a Dios la vida de su Hijo: “Por precio fuisteis comprados” y lo que le costó tanto a Dios no puede ser barato para nosotros. Por encima de todo, es *gracia* porque Dios no estimó a su Hijo como un precio demasiado costoso para pagar por nuestra vida, sino que lo entregó por nosotros. La gracia costosa es la Encarnación de Dios.

La gracia costosa es el santuario de Dios; debe ser protegido del mundo y no echado a los perros. Es, por lo tanto, la palabra viva, La Palabra de Dios, la que Él dice como a Él le place. La gracia costosa nos confronta como un llamado lleno de gracia para seguir a Jesús; viene como una palabra de perdón para el espíritu quebrantado y el corazón contrito. La gracia es costosa porque impulsa a un hombre a someterse al yugo de Cristo y a seguirlo; es gracia porque Jesús dice: “Mi yugo es fácil y ligera mi carga”.

En dos ocasiones distintas, Pedro recibió el llamado “Sígueme”. Fue la primera y la última palabra que Jesús les dijo a sus discípulos (Marcos 1:17; Juan 21:22). Una vida completa existe entre estos dos llamados. La primera ocasión fue al costado del lago de Genesaret, cuando Pedro dejó sus redes y su navío, y siguió a Jesús y su palabra. La segunda ocasión es cuando el Señor resucitado lo vuelve a encontrar en su viejo oficio. Una vez más, es al costado del lago de Genesaret y una vez más el llamado es “Sígueme”. Entre los dos llamados, hay una vida entera de discipulado, de seguir a Cristo. En mitad de camino se produce la confesión de Pedro, cuando él reconoce a Jesús como el Cristo de Dios. Tres veces, Pedro escucha la misma proclamación de que Cristo es su Señor y Dios: al comienzo, al final y en Cesarea de Filipo. En cada oportunidad, es la misma gracia de Cristo que lo llama “Sígueme” y que se revela a sí misma a él en la confesión

del Hijo de Dios. Tres veces en el camino de Pedro esta gracia lo cautiva; la gracia única proclamada en tres maneras diferentes.

Esta gracia, ciertamente, no era autootorgada. Era la gracia de Cristo mismo, que ahora prevalecía sobre el discípulo para que dejara todo y lo siguiera; ahora obraba en él esa confesión que para el mundo debe sonar como la máxima blasfemia; ahora invitaba a Pedro al seguimiento supremo del martirio por el Señor que había negado y que le perdonaba todos sus pecados. En la vida de Pedro, la gracia y el discipulado son inseparables. Él había recibido la gracia costosa.

A medida que el cristianismo se extendía y la Iglesia se secularizaba más, esta comprensión del alto costo de la gracia gradualmente se apagó. El mundo fue cristianizado, y la gracia se transformó en su propiedad común. Era posible tenerla a bajo precio. Sin embargo, la Iglesia de Roma no perdió del todo la visión primitiva. Es altamente significativo que la Iglesia fue lo suficientemente astuta para encontrar lugar para el movimiento monástico y evitar caer en el cisma. Así, en el borde exterior de la Iglesia, había un lugar donde la antigua visión se mantenía viva. Aquí, los hombres aún recordaban que la gracia es costosa, que la gracia significa seguir a Cristo. Aquí dejaban todo lo que tenían por el nombre de Cristo y se dedicaban diariamente a practicar sus mandamientos rigurosamente. Por lo tanto, la vida monástica se transformó en una protesta viviente contra la secularización del cristianismo y el abaratamiento de la gracia. Pero la Iglesia fue lo suficientemente sabia como para tolerar esta protesta e impedir que avanzara hacia su lógica conclusión. De este modo, tuvieron éxito para relativizarla, aun utilizándola con el fin de justificar la secularización de su propia vida. La vida monástica fue representada como un logro individual que no se esperaba que la masa del laicado pudiera emular. Al limitar de este modo la aplicación de

los mandamientos de Jesús a un grupo restringido de especialistas, la Iglesia elaboró el concepto fatal del doble estándar: un máximo y un mínimo estándar de obediencia cristiana. Cada vez que la Iglesia fue acusada de estar demasiado secularizada, siempre podía señalar la vida monástica como una oportunidad de vivir una vida superior dentro del redil y, de esta manera, justificar la otra posibilidad de un estándar inferior de vida para otros. Y de esta manera, tenemos el resultado paradójico de que la vida monástica, cuya misión era preservar en la Iglesia de Roma el concepto primitivo cristiano de la gracia costosa, proveyó justificación concluyente para la secularización de la Iglesia. En líneas generales, el error fatal de la vida monástica no estuvo tanto en su rigurosidad (aunque aun en esto había una gran cantidad de malas interpretaciones del contenido preciso de la voluntad de Jesús) sino hasta qué punto se alejaba del genuino cristianismo al establecerse a sí misma como el logro individual de unos pocos elegidos y, de esta manera, reclamar un mérito especial en sí mismo.

Cuando vino la Reforma, la providencia de Dios levantó a Martín Lutero para restaurar el evangelio de la gracia pura de alto costo. Lutero pasó por la clausura; era un monje, y todo esto fue parte del plan divino. Lutero había dejado todo para seguir a Cristo en la senda de la obediencia absoluta. Había renunciado al mundo con el fin de vivir la vida cristiana. Había aprendido obediencia a Cristo y a su Iglesia, porque únicamente quien es obediente puede creer. El llamado al claustro demandó a Lutero una total entrega de su vida. Pero Dios destrozó todas sus esperanzas. Le mostró a través de *Las Escrituras* que seguir a Cristo no es el logro o mérito de unos pocos selectos, sino el mandamiento divino a todos los cristianos sin distinción. La vida monástica había transformado la humilde obra del discipulado en una actividad meritoria de los santos y la autorrenuncia del discipulado en una

obvia autorreivindicación espiritual de lo “religioso”. El mundo había reptado dentro del mismo corazón de la vida monástica y una vez más traía confusión. El intento de los monjes de huir del mundo resultó ser una forma sutil de amor por el mundo. Eliminada de esta manera la parte más profunda de la vida religiosa, Lutero se tomó fuertemente de la gracia. Ya que todo el mundo de la vida monástica se caía en ruinas a su alrededor, vio a Dios en Cristo, que extendía su mano para salvar. Se aferró a esa mano en fe, con la creencia de que “después de todo, nada de lo que podemos hacer sirve para nada, sin importar lo buena que sea la vida que vivamos”. La gracia que se le presentó a él era la gracia de alto costo y sacudió su existencia entera. Una vez más, debía dejar sus redes y seguir. La primera vez fue cuando entró en el monasterio, en el momento en que dejó todo detrás, excepto su yo piadoso. Esta vez, hasta eso le era quitado. Obedeció al llamado, no a través de ningún mérito propio, sino simplemente a través de la gracia de Dios. Lutero no escuchó la palabra: “Por supuesto has pecado, pero ahora todo se te perdona; por lo tanto, puedes quedarte tal como eres y disfrutar de las consolaciones del perdón”. No: Lutero tuvo que dejar el claustro y regresar al mundo, no porque el mundo en sí mismo fuera bueno y santo, sino porque aun el claustro era tan solo una parte del mundo.

El regreso de Lutero del claustro al mundo fue la peor explosión que el mundo haya sufrido desde los días del cristianismo primitivo. Su renuncia cuando se hizo monje era un juego de niños, comparado con la que tenía que hacer cuando regresó al mundo. Entonces, llegó el asalto frontal. La única manera de seguir a Jesús era vivir en el mundo. Hasta ese momento, la vida cristiana había sido el logro de unos pocos espíritus elegidos en las excepcionalmente favorables condiciones de la vida monástica; ya es un deber que recae sobre todo cristiano que vive en el

mundo. El mandato de Jesús debe concordar con una perfecta obediencia en la vocación diaria de la vida de uno. El conflicto entre la vida del cristiano y la vida del mundo fue de esta manera arrojado a su forma más aguda. Era un conflicto mano a mano entre el cristiano y el mundo.

Es una muy mala interpretación de la acción de Lutero suponer que su redescubrimiento del evangelio de pura gracia ofrecía una dispensación general para no tener que obedecer el mandato de Jesús o que fue el más grandioso descubrimiento de la Reforma que la gracia perdonadora automáticamente confería sobre el mundo tanto justicia como santidad. Por el contrario, para Lutero el llamado cristiano al mundo es santificado únicamente en tanto ese llamado registra la protesta final, radical, contra el mundo. Únicamente cuando el llamado secular del cristiano se ejerce mientras se sigue a Jesús, recibe desde el evangelio una aprobación y justificación renovada. No fue la justificación del pecado, sino la justificación del pecador la que llevó a Lutero desde el claustro de regreso al mundo. La gracia que había recibido era una gracia de alto costo. Era gracia, porque fue como el agua que cae en la tierra reseca, consuelo en la tribulación, libertad de la esclavitud de un camino elegido por uno mismo y el perdón de todos los pecados. Y era costosa, porque, muy lejos de dispensarlo de hacer buenas obras, significó que debía tomar el llamado al discipulado con más seriedad que nunca antes. Fue gracia porque costó tanto y costó mucho porque era gracia. Ese fue el secreto del evangelio de la Reforma: la justificación del pecador.

Sin embargo, el resultado de la Reforma fue la victoria, no de la percepción de la gracia que tuvo Lutero en toda su pureza y costo, sino la de un instinto religioso atento del hombre para reconocer el lugar donde iba a hallar gracia al precio más barato. Todo lo que se necesitaba era un sutil y casi imperceptible cambio

de énfasis, y el daño estaba hecho. Lutero había enseñado que el hombre no puede pararse delante de Dios, más allá de cómo hayan sido sus obras religiosas y sus caminos, porque en el fondo siempre estará en busca de sus propios intereses. En el momento de más profunda tristeza, Lutero había captado por fe el gratuito e incondicional perdón de todos sus pecados. Esa experiencia le enseñó que esta gracia le había costado a él su misma vida y debía continuar así día a día. Por lo tanto, lejos de dispensarlo del discipulado, esta gracia únicamente lo transformó en un discípulo más esforzado. Cuando hablaba de gracia, Lutero siempre añadía como corolario que le había costado su propia vida, la vida que ahora, por primera vez, estaba sujeta a la absoluta obediencia a Cristo. Solamente así podía hablar de gracia. Lutero había dicho que la gracia sola podía salvar y sus seguidores tomaron su doctrina y la repitieron al pie de la letra. Pero dejaron afuera el invariable corolario: la dedicación a ser discípulo. No era necesario que Lutero tuviera que mencionar siempre ese corolario explícitamente porque él siempre hablaba como alguien que había sido guiado por gracia a seguir rigurosamente a Cristo. Juzgada según el estándar de la doctrina de Lutero, la de sus seguidores era inexpugnable, y, sin embargo, esa ortodoxia de ellos se tradujo en el fin y la destrucción de la Reforma como la revelación sobre la Tierra de la gracia de alto costo de Dios. La justificación del pecador en el mundo degeneró en la justificación del pecado y del mundo. La gracia de alto costo sin el discipulado fue transformada en barata.

Lutero había dicho que todo lo que podemos hacer no sirve para nada, sin importar cuán buena sea la vida que vivamos. Había dicho que nada puede servirnos a los ojos de Dios, sino “la gracia y el favor que confiere el perdón del pecado”. Pero hablaba como alguien que sabía que en el mismo momento de su crisis fue llamado a dejar todo lo que tenía una segunda vez y a

seguir a Jesús. El reconocimiento de la gracia era la brecha final, radical, con el constante pecar, pero jamás fue la justificación de ese pecado. Al aferrarse al perdón de Dios, él hizo la renuncia final, radical, de una vida de obstinación, y esta brecha era tal que llevaba inevitablemente a un verdadero seguir a Cristo. Él siempre miró esto como la respuesta a una sumatoria, pero una respuesta a la que se llegó por medio de Dios, no por medio del hombre. Pero, entonces, sus seguidores cambiaron la “respuesta” alterando los datos para hacer un cálculo propio. Esa fue la raíz del problema. Si la gracia es la respuesta de Dios, el don de la vida cristiana, entonces, no podemos ni por un momento quedar eximidos de seguir a Cristo. Pero si la gracia es el dato para mi vida cristiana, significa que me dispongo a vivir la vida cristiana en el mundo con todos mis pecados justificados de antemano. Puedo ir y pecar tanto como quiero y descansar en esta gracia que me perdona, porque después de todo el mundo es justificado básicamente por gracia; por lo tanto, puedo, de esta manera, permanecer en mi burguesa existencia secular y seguir tal como era antes, pero con la seguridad agregada de que la gracia de Dios me cubrirá. Es por influencia de este tipo de “gracia” que el mundo se hizo “cristiano”, pero al precio de secularizar la religión cristiana como nunca antes. La antítesis entre la vida cristiana y la vida burguesa respetable llega a su fin. La vida cristiana llega a significar nada más que vivir en el mundo y como el mundo, en no ser diferente en nada del mundo; en realidad, es tener prohibido ser diferentes del mundo en nombre de la gracia. La conclusión de todo esto es que mi único deber como cristiano es dejar el mundo durante más o menos una hora por la mañana el domingo e ir a la iglesia para asegurarme de que mis pecados están todos perdonados. Ya no necesito más intentar seguir a Cristo, porque la gracia barata, el más acérrimo de todos los enemigos

del verdadero discipulado, el cual el auténtico discipulado debe aborrecer y detestar, me ha librado de ello. La gracia como dato para nuestros cálculos significa gracia al precio más barato, pero gracia como la respuesta a la sumatoria significa gracia de alto costo. Es terrorífico darse cuenta del uso que se puede hacer de una doctrina genuinamente evangélica. En ambos casos, tenemos la fórmula idéntica: “justificación solo por fe”. Sin embargo, el mal uso de la fórmula lleva a una completa destrucción de su misma esencia.

Al término de una vida pasada en la búsqueda del conocimiento, Fausto tiene que confesar: “Ahora sí veo que nada podemos saber”.

Esa es la respuesta a una sumatoria: es el resultado de una larga experiencia. Pero, tal como observó Kierkegaard, es una cosa bastante diferente cuando un universitario que recién ingresa usa el mismo sentimiento para justificar su indolencia. Como respuesta a una sumatoria es perfectamente cierta, pero como el dato inicial es una muestra de autoengaño. Porque el conocimiento adquirido no puede estar divorciado de la existencia en la cual se lo adquiere. El único hombre que tiene derecho a decir que es justificado por la gracia sola es el hombre que ha dejado todo para seguir a Cristo. Un hombre así sabe que el llamado al discipulado es un don de gracia y que el llamado es inseparable de la gracia. Pero aquellos que intentan usar esta gracia como dispensa para no seguir a Cristo sencillamente se autoengañan.

Pero podemos preguntarnos: ¿no se acercó peligrosamente Lutero mismo a esta perversión de la comprensión de la gracia? ¿Qué podemos decir de su *pecca fortiter, sed fortius fide et gaude in Christo* (“Peca osadamente, pero cree y regocíjate en Cristo mucho más osadamente aún”)? Tú eres un pecador, de todos modos, y no hay nada que puedas hacer respecto a eso. Ya seas monje u

hombre de mundo, un hombre religioso o malo, jamás podrás escapar de las redes del mundo o del pecado. Por lo tanto, atrevete respecto a esto, sobre todo porque puedes descansar en el *opus operatum* [obra hecha] de la gracia. ¿Es esta la proclamación de la gracia barata, al desnudo y sin ningún tipo de vergüenza? ¿La *carte blanche* [carta blanca] para pecar, el final de todo discipulado? ¿Es esto alentar en forma blasfema a pecar temerariamente y a descansar en la gracia? ¿Existe un abuso más diabólico de la gracia que pecar y descansar en la gracia que Dios ha dado? ¿No está el catecismo romano en lo correcto al denunciar esto como el pecado contra el Espíritu Santo?

Si vamos a tratar de comprender este dicho de Lutero, todo dependerá de aplicar la distinción entre los datos y la respuesta a la sumatoria. Si hacemos de la fórmula de Lutero una premisa para nuestra doctrina de la gracia, conjuramos el espectro de la gracia barata. Pero la fórmula de Lutero está inclinada a que la tomemos, no como la premisa, sino como la conclusión, la respuesta a la sumatoria: la piedra final, la última de todas las palabras sobre el tema. Tomada como la premisa, *pecca fortiter* adquiere el carácter de un principio ético, un principio de gracia a la cual el principio de *pecca fortiter* debe corresponder. Eso significa la justificación del pecado, y transforma a la fórmula de Lutero exactamente en lo opuesto. Para Lutero, “pecar osadamente” solo podría ser el último de todos los refugios, la consolación para alguien cuyos intentos de seguir a Cristo le han enseñado que jamás nadie puede volver a estar sin pecado, si en su temor al pecado abandona la esperanza de la gracia de Dios. Como Lutero lo veía, “pecar osadamente” no se trataba de un reconocimiento fundamental de su vida desobediente; era el evangelio de la gracia de Dios delante de la cual nosotros somos siempre y en toda circunstancia pecadores. Con todo, esa gracia

nos busca y justifica, tan pecadores como somos. Tome coraje y confiese su pecado, dice Lutero; no intente huir de él, sino crea aun con más osadía.

Usted es un pecador; por lo tanto, sea un pecador y no intente transformarse en lo que no es. Sí, y vuélvase pecador una y otra vez cada día y sea osado. Pero ¿a quién se pueden dirigir palabras como estas, excepto a aquellos a quienes desde el fondo de sus corazones hacen una diaria renuncia al pecado y a toda barrera que les impide seguir a Cristo, pero que, no obstante, están atribulados por su diaria falta de fe y su pecado? ¿Quién puede escuchar estas palabras sin poner en peligro su fe, sino aquel que escucha el consuelo como una renovada convocatoria a seguir a Cristo? Interpretadas de esta manera, estas palabras de Lutero se transforman en un testimonio del costo de la gracia, el único genuino tipo de gracia que existe.

La gracia interpretada como un principio, *pecca fortiter* como un principio, gracia a bajo costo, es en última instancia simplemente una nueva ley, la cual no ayuda ni da libertad. La gracia como una palabra viva; *pecca fortiter* como nuestro consuelo en la tribulación y como una convocatoria al discipulado; la gracia de alto costo es la única gracia pura que realmente perdona pecados y da libertad al pecador.

Nosotros, los luteranos, nos hemos reunido como águilas alrededor de la carcasa de la gracia barata y allí hemos bebido del veneno que ha matado la vida de un seguidor de Cristo. Es cierto, por supuesto, que le hemos dado a la doctrina de la pura gracia divina honores sin comparación entre toda la cristiandad, en realidad hemos exaltado esa doctrina hasta el lugar de Dios mismo. En todas partes, la fórmula de Lutero se ha repetido, pero su verdad se ha pervertido a un autoengaño. ¡En tanto que nuestra Iglesia sostenga la doctrina correcta de la justificación,

no hay ninguna duda de que es una Iglesia justificada! Así lo expresaban, con el pensamiento de que debemos reivindicar nuestra herencia luterana poniendo esta gracia a disposición en los términos más baratos y fáciles. Ser “luterano” debería significar que hay que dejar el seguir a Cristo para los legalistas, calvinistas y fanáticos, y todo esto en nombre de la gracia. Justificamos al mundo y condenamos como herejes a aquellos que intentan seguir a Cristo. El resultado fue que una nación se transformó en cristiana y luterana, pero al costo del verdadero discipulado. El precio que fue llamado a pagar era demasiado barato. La gracia barata había ganado la partida. Pero, también, ¿somos conscientes de que esta gracia barata se nos ha vuelto en contra de nosotros como un bumerán? El precio que tenemos que pagar en la actualidad es tan solo la consecuencia inevitable de nuestra política de poner la gracia al alcance de todos a un costo demasiado bajo. Entregamos la palabra y los sacramentos al por mayor; bautizamos, confirmamos y absolvimos a una nación entera sin hacer preguntas ni poner condición alguna. Nuestro sentimiento humanitario nos hizo dar a los burladores e incrédulos aquello que era santo. Derramamos interminables corrientes de gracia. Pero el llamado a seguir a Jesús en el camino angosto rara vez se ha escuchado. ¿Dónde estaban esas verdades que impulsaron a la Iglesia primitiva a instituir el catecismo, que permitía una estricta vigilancia para mantener la frontera entre la Iglesia y el mundo, y aportaba una protección adecuada de la gracia de alto costo? ¿Qué había sucedido con todas aquellas advertencias de Lutero contra la predicación del evangelio de tal forma que los hombres descansaban seguros en su manera impudosa de vivir? ¿Hubo alguna vez una instancia más terrible o desastrosa de llevar el cristianismo al mundo que esta? ¿Qué son esos tres mil sajones que fueron asesinados por Carlomagno comparados

con los millones de cuerpos muertos espirituales en la actualidad? Con nosotros ha quedado abundantemente probado que los pecados de los padres visitan a los hijos hasta la tercera y cuarta generación. La gracia barata ha resultado ser sumamente despiadada con nuestra Iglesia Evangélica.

Esta gracia barata no ha sido menos desastrosa para nuestras propias vidas espirituales. En lugar de abrirnos el camino a Cristo, lo ha cerrado. En lugar de llamarnos a seguir a Cristo, nos ha endurecido en nuestra desobediencia. Quizás, alguna vez habíamos escuchado el llamado lleno de gracia para seguirlo y ante este mandato hasta habíamos dado los primeros pasos en la senda del discipulado, en la disciplina de la obediencia, tan solo para encontrarnos nosotros mismos confrontados con la palabra de la gracia barata. ¿No fue eso impiadoso y difícil? El único efecto que una palabra así podría tener sobre nosotros fue impedir nuestro camino hacia el progreso y seducirnos hacia el nivel mediocre del mundo; apagó el gozo del discipulado al decirnos que seguíamos un camino que nosotros mismos habíamos elegido, que gastábamos nuestra fuerza y nos disciplinábamos en vano, todo lo cual no era meramente inútil, sino extremadamente peligroso. Después de todo, se nos decía, nuestra salvación ya había sido lograda por medio de la gracia de Dios. La vela humeante fue impiadosamente extinguida. Fue cruel hablar así a los hombres, porque una oferta tan barata solamente podía dejarlos en confusión y tentarlos a salir del camino al que habían sido llamados por Cristo. Al aferrarse a la gracia barata, quedaron eliminados para siempre del conocimiento de la gracia de alto precio. Engañados y debilitados, los hombres sintieron que eran lo suficientemente fuertes ahora que estaban en posesión de esta gracia barata, mientras que en realidad habían perdido el poder de vivir la vida de discipulado y obediencia. La palabra

de gracia barata ha sido la ruina de más cristianos que cualquier mandamiento a hacer obras.

En los capítulos que siguen, trataremos de encontrar un mensaje para aquellos que están atribulados por este problema y para quienes la palabra de gracia ha quedado vacía de todo significado. Este mensaje debe ser dicho en nombre de la verdad, para aquellos que están entre nosotros que confiesan que a través de la gracia barata han perdido el poder seguir a Cristo, y más aún, con esto, han perdido la comprensión de la gracia de alto costo. Para decirlo de una manera bastante simple, debemos asumir esta tarea porque ahora estamos listos a admitir que ya no estamos más en la senda del verdadero discipulado. Confesamos que, aunque nuestra Iglesia es ortodoxa en todo lo que se refiere a la doctrina de la gracia, ya no estamos más seguros de que somos miembros de una Iglesia que sigue a su Señor. Debemos, por lo tanto, intentar recuperar una verdadera comprensión de la mutua relación entre gracia y discipulado. El tema ya no puede ser evadido mucho más. Se hace cada día más claro que el problema más urgente que está asediando nuestra iglesia es este: ¿cómo podemos vivir la vida cristiana en el mundo moderno?

Felices son los que han alcanzado el final del camino que nosotros buscamos transitar, que están asombrados de descubrir la verdad que no se hace evidente por sí sola de ninguna manera, y que la gracia es costosa simplemente porque es la gracia de Dios en Jesucristo. Felices son los simples seguidores de Jesucristo quienes han vencido por medio de su gracia y son capaces de cantar las alabanzas de la todo-suficiente gracia de Cristo con sencillez de corazón. Felices son aquellos que saben que la gracia puede vivir en el mundo sin pertenecer a él, quienes al seguir a Jesucristo, están tan seguros de su ciudadanía celestial que son verdaderamente libres para vivir sus vidas en este mundo. Felices

son aquellos que saben que el discipulado simplemente significa la vida que brota de la gracia y que la gracia simplemente significa discipulado. Felices son aquellos que se han transformado en cristianos en este sentido de la palabra. Para ellos, la palabra de gracia ha demostrado ser una fuente de misericordia.

Para adquirir el libro completo  
visite nuestra tienda online:



**PENIEL**

[www.peniel.com](http://www.peniel.com)